

1

Lo odiaba.

Era la única verdad a la que podía aferrarme, porque no estaba segura de nada más.

Lo odiaba por haberme hecho confiar en él cuando no debería haberlo hecho. Lo detestaba por haberme hecho ver un futuro que no era más que un engaño.

No era mejor que su hermano. Al menos Gavril había tenido la decencia de mostrarme quién era en realidad. Me había quitado cosas, pero no de la misma forma que lo había hecho Evren. Evren me había hecho desearlo, suplicarle, y no había sido más que una manipulación.

Me había enamorado de él cuando no debía, y él me había traicionado.

Era el heredero del Reino de la Sangre, todo aquello que me habían enseñado a temer, y un traidor.

Me quedé mirando su espalda mientras empezaba a montar la tienda. Estaba rodeada de mis enemigos, pero lo único en lo que podía fijarme era en él. Se volvió hacia mí y me obligué a buscar algo que no fuera él: su madre, que hablaba en voz baja con uno de sus guardias. El guardia que, solo unas horas antes, había estado dispuesto a hacerle daño a su hijo.

Era muy diferente de cómo esperaba que fuera la Reina de la Sangre. Era más tierna que en las leyendas que se contaban sobre ella. La forma en que se apartaba continuamente el pelo de la cara mientras ayudaba a sus hombres a montar el campamento me recordaba a mi madre. Me dolía el pecho al pensar en ella; al fin y al cabo, había sido quien no había tenido ningún problema en entregarme a la gente que planeaba utilizarme.

Había sellado mi destino con la misma facilidad con la que las marcas de las estrellas se habían grabado en mi piel.

La magia de Evren acariciaba mi piel como un susurro, pero me negué a reconocerla. No había dejado que se desvaneciera de mí desde que salimos del límite del bosque de camino a la Corte de la Sangre. No se había opuesto a que cabalgara en mi propio caballo después de que me hubiera negado rotundamente a acercarme a él, pero sí se negó a dejarme espacio. Mantuvo su poder oscuro envolviéndome durante todo el trayecto. Se movía y me abrazaba como si estuviera comprobando que iba bien.

Pero nada iba bien.

Intenté usar mi propio poder para alejar su contacto de mí, pero estaba demasiado cansada, y no sabía cómo controlar mi magia como él lo hacía porque no la entendía, porque hasta hacía poco ni siquiera sabía que la tenía.

Recordé una época anterior a Evren, cuando estaba sola con mi madre en nuestro pueblo. ¿Mi magia ya estaba conmigo desde entonces? ¿Mi madre lo sabía? ¿Y mi padre?

Aún podía sentirla fluyendo bajo mi piel. Se había despertado en mi interior, y no entendía cómo no me había dado cuenta antes. Me parecía salvaje e imprudente, como una parte de mí misma que aún no había descubierto.

—Princesa —susurró Evren y me volví para encararlo. Estaba a punto de decirle que no me llamara así, pero no pronuncié palabra y recé para que pudiera percatarse de la

ira que se retorció en mi interior—. Tienes que descansar un poco. Llegaremos a la Corte de la Sangre por la mañana.

Intenté ignorar el ruido de los soldados de la Sangre que nos rodeaban. Todos me observaban con atención, aunque se mantuvieran a una buena distancia de mí. No confiaban en mí ni yo tampoco en ellos.

No me fiaba de nadie. Ya no.

Me aparté del árbol en el que estaba apoyada y me dirigí hacia la tienda. Él la abrió para mí y pasé a su lado rápidamente, con cuidado de que su piel no tocara la mía. Pero, por los dioses, podía sentirlo. Se me ponía la carne de gallina allí por donde me acariciaba su poder y mis marcas se morían por sentirlo más, pero me contuve. No iba a permitir que aquel príncipe despiadado volviera a tocarme jamás, y me daba igual lo mucho que mi cuerpo lo ansiara.

Era mi enemigo y me había engañado. No tenía por qué sentirme a gusto en su presencia ni bajo su tacto; aun así no alcanzaba a comprender por qué su magia me enfurecía, pero la forma en que se arremolinaba a mi alrededor hacía que mis marcas cobraran vida y que mi poder vibrara.

Era mi enemigo, pero también era mi compañero.

Me siguió y un escalofrío me recorrió la piel al volverme hacia él. Había dos sacos de dormir sobre el suelo frío y duro.

—No te vas a quedar aquí conmigo.

Evren hizo caso omiso de mis palabras y se dirigió hacia uno de los sacos. Soltó un suspiro al sentarse y pude ver el agotamiento en su rostro. Me dolían los dedos por alargar la mano y pasar el pulgar por el profundo surco entre sus cejas. A pesar de mi enfado, sentía un peso en el pecho.

—Sí que me voy a quedar. —Su magia me envolvió de forma casi imperceptible mientras se quitaba las botas.

—Entonces, me iré a dormir a otro sitio. —Me dirigí hacia la entrada, pero su magia se intensificó y me inmovi-

lizó. Por mucho que lo intentara, seguía teniéndome cautiva tanto en cuerpo como en mente.

—Estás loca si crees que voy a permitir que te alejes de mi vista ni siquiera un instante.

—¿Porque soy tu prisionera?

—Porque eres mi compañera. —Dejó las botas a un lado y apoyó los brazos en las rodillas—. Puedes odiarme todo lo que quieras, princesa, pero eso sigue siendo cierto.

Sabía que tenía razón. Sentía la verdad de sus palabras hasta lo más profundo de mis entrañas, pero me negaba a aceptarla. Se suponía que él debía ser algo más, y había resultado ser todo lo que había temido.

Y no iba a seguir atada a él solo porque el destino así lo hubiera dispuesto. Estaba harta de depender del destino y de la vida que me había impuesto con tanta crueldad.

—No soy tu compañera.

Evren tensó la mandíbula y pude ver la furia en sus ojos. Bien. Yo también estaba rabiosa.

—No vas a salir de aquí, princesa.

—Dijo mi adorado compañero... —ironicé, cruzándome de brazos—. ¿Has aprendido de tu hermano?

—Yo no soy como él, Adara —espetó, con la voz temblorosa por la ira.

—No. —Negué con la cabeza y sentí un nudo en la garganta; sentía cómo se me llenaban los ojos de lágrimas y eso solo hacía que mi propia cólera se avivara—. Eres peor.

Se le pusieron blancos los nudillos al apretar los puños.

—¿Qué preferirías? ¿Te gustaría que te dejara ir a ese campamento con hombres que estaban dispuestos a apartarte de mi lado a la fuerza? ¿Preferirías que dejara que tu destino estuviera en sus manos?

El pulso me latía con fuerza en el pecho mientras pensaba en lo que estaba diciendo.

—¿No te molesta? —Lo observé atentamente en busca

de cualquier indicio que me revelara lo que estaba pensando—. Eres su príncipe, pero estaban más que dispuestos a arrancarme de tus manos.

—Mi madre es su reina. —Se pasó la mano por el pelo, frustrado—. Y yo había perdido de vista mi papel.

Podía sentir cómo su ira vibraba a través de su poder. El miedo y la expectación me invadieron cuando esa energía me recorrió la piel.

—¿Y cuál es tu papel, Evren?

—Siempre estuve destinado a apartarte de él. —Sacudió la cabeza con frustración—. Pero debía hacerlo cuando él estuviera más débil. Cuando no supiera que había sido yo.

—¿Y qué? ¿Te limitabas a esperar el momento oportuno, haciendo de hermano y de hijo obediente, hasta que pudieras arrebatarnos todo lo que tenían?

Evren se puso de pie y se acercó a mí, y yo di un paso atrás hasta apoyarme contra el borde de la tienda.

—Lo que hice, princesa —replicó, seco—, fue todo lo que pude para proteger a mi pueblo. Puedes decir que soy tan malo como Gavril todo lo que quieras, pero no sabes nada de su crueldad.

Sus palabras me atravesaron y se me clavaron en lo más profundo de las entrañas. Tenía razón. Sabía muy poco de Gavril o de lo que era capaz de hacer, pero seguía enfadada. Seguía queriendo pelear con Evren porque sus palabras me recordaban que tampoco sabía mucho de él.

—¿Y cuando follamos también fue por tu pueblo, príncipe? ¿Fue para protegerme de su crueldad?

Entornó los ojos mientras me escudriñaba el rostro y levantó sus dedos oscuros, manchados de magia, hasta que me rodearon la nuca y me obligaron a levantar la cabeza hacia él.

—Cuando follamos fue solo para ti y para mí. —Se acercó aún más, y su aliento me provocó un escalofrío que

me recorrió el cuello—. Me vuelves codicioso —susurró con los labios sobre mi mandíbula, y no pude contener el pequeño gemido que se me escapó—. Me haces querer olvidar mis obligaciones para perderme en ti por toda la eternidad.

—Eso no va a volver a pasar jamás. —Mi voz carecía de fuerza, y odiaba que Evren pudiera reconocer mi debilidad. Podía sentir su sonrisa mientras rozaba mis orejas con los labios.

—Los dos sabemos que eso es una puta mentira, princesa —ronroneó—. Me deseas tanto ahora como antes de que me salvaras con tu magia.

—No te deseo. —Negué con la cabeza, aunque sentía cómo la tensión se acumulaba entre mis muslos. Estar tan cerca de él me volvía loca. Su olor me abrumaba. La sensación de su magia inundaba mis sentidos. Había algo familiar que hacía que mis marcas vibraran bajo mi piel y sentía su poder como unas manos fantasmales que intentaban descubrir cada secreto de mi cuerpo.

Me costaba recordar por qué lo odiaba cuando estaba tan cerca. Me costaba no alargar la mano y reducir el pequeño espacio que había dejado entre nosotros.

—Puede que tú no me desees, pero, por los dioses, yo sí te deseo a ti. Me encanta follar contigo. —Su nariz recorrió mi mandíbula y aspiró aire bruscamente—. Me pone la hostia de duro llevar tu olor en mi cuerpo y que todos los hombres que me rodean sepan que me perteneces. —Se me hizo un nudo en el estómago al oír sus palabras, e intenté tragarme mi deseo por él mientras seguía negando con la cabeza suavemente. Yo no le pertenecía. Nunca le había pertenecido. De verdad no. Pero todo en mi interior me suplicaba que permitiera que sus palabras fueran ciertas. No podía pensar en su traición cuando me ahogaba de deseo. Me asfixiaba con él, y él hacía que se lo agradeciera con mi

último aliento. Me temblaban los dedos cuando los levanté y los puse sobre su pecho para empujarlo. Necesitaba espacio. Una distancia que él no estaba dispuesto a concederme—. No me apartes de ti, princesa. —Su tono era suave y vulnerable; me cogió de las manos y me las mantuvo quietas hasta que mis dedos se clavaron en su pecho. Le estaba marcando la piel casi hasta el punto de hacerle daño, pero apenas era consciente de ello por la forma en la que me estaba mirando—. No me odies por las decisiones que me he visto obligado a tomar.

Aparté bruscamente las manos de él al darme cuenta de la realidad. Todavía recordaba la expresión de su rostro cuando había descubierto quién era. Todavía podía saborear cómo mi propia magia se había vuelto amarga en mi lengua.

Pasé junto a él, en dirección al saco de dormir que me había preparado, y lo aparté hasta el extremo más alejado de la tienda.

—No te engañes pensando que voy a arrodillarme ante ti solo porque tú lo desees. Nadie te puso una daga en el cuello para obligarte a engañarme. Nadie te obligó a fingir ser algo más para mí con el pretexto de salvar a tu pueblo. Quieres hacerte pasar por un salvador, Evren, pero eres tan villano como tu hermano.

—¿Es eso lo que quieres que sea? —preguntó mientras me dejaba caer sobre mi saco de dormir y me tapaba con la tela áspera—. ¿Quieres que sea el hombre al que odias?

—No sabía que tenía elección...

—Todos tenemos elección, princesa, pero no siempre hay dos caminos claros entre los que decidirse. ¿Crees que sabía que acabaría haciéndote daño? ¿Crees que tenía la más mínima idea de que iba a encontrar a mi compañera y que iba a ser la chica destinada a cambiar nuestro mundo? —No pronuncié palabra—. Tienes que tomar una decisión. Puedes volver con él si eso es lo que eliges. Puedes rendirte y

convertirte en lo que él quiera que seas. —Apretó los puños a los costados—. O puedes quedarte aquí conmigo. Puedes quedarte aquí con tu compañero.

—¿Esas son mis dos opciones? —Me crucé de brazos y me quedé de cara a la pared—. ¿Quedarme con tu malvado hermano o quedarme con el hombre que me hizo creer...?

—¿Que te hizo creer qué? —Se pasó la mano por la mandíbula—. Puede que sea el hijo de la reina de la Sangre, pero eso no me hace ser menos el hombre que tú querías. Tengo todo un reino en el que pensar. Hay demasiada gente que cuenta conmigo como para que lo olvide todo solo porque he encontrado a mi compañera. Y aun así, eso no hace que lo que ha pasado entre nosotros sea menos real.

—Príncipe Evren. —Una voz ronca lo llamó desde la entrada, y los dos nos tensamos. Me había olvidado de todos menos de él. Ni siquiera había pensado en que los demás pudieran oírnos, pero en ese momento podía escucharlos moviéndose por el campamento, y me preguntaba qué pensaban de mí.

—Descansa un poco. Volveré enseguida para ver cómo estás.

—No te molestes. —Negué con la cabeza, me tumbé y le di la espalda—. Por favor, no lo hagas.

Salió de la tienda sin decir nada más, y yo cerré los ojos con fuerza y recé para que el sueño me invadiera.

2

Me incorporé de un salto y busqué mi daga con la mano mientras se me subía el corazón a la garganta. Pero no estaba allí. Mierda.

Estaba en un campamento lleno de vampiros, de mis enemigos, y no tenía forma de protegerme. Busqué a tientas en la oscuridad y el sonido de unos quejidos inundó el pequeño espacio. No sabía si provenía del interior o del exterior, pero sí que eran de Evren. Lo sabía sin lugar a dudas, y me puse de pie de un salto cuando su respiración entrecortada me aceleró el pulso.

Me acerqué a gatas hacia la entrada de la tienda e intenté canalizar mi poder. Por primera vez desde que había creído que los hombres de la reina Veda iban a hacerle daño a Evren, pude sentirlo fluyendo en mi interior, serpenteando por mis venas como si estuviera esperando mis órdenes.

Me aferré al grueso tejido de la puerta; estaba a punto de abrirla cuando oí su gemido a mis espaldas. Me di la vuelta y parpadeé, rogando a mis ojos que se acostumbraran a la oscuridad, y entonces lo vi.

Evren estaba tumbado sobre su saco de dormir, en el lado opuesto al que yo había estado. Me acerqué y suspiré, aliviada al ver que no había nadie con él, que nadie le estaba

haciendo daño. Di un paso hacia él y otro lamento se escapó de sus labios. Tenía los puños apretados contra el saco de dormir, el cuello arqueado y estaba sufriendo.

—Evren —susurré su nombre, pero fue en vano. No podía oírme. No podía oír nada a través de su agonía. Corrí hacia él y me arrodillé a su lado, pero me daba miedo tocarlo, despertarlo cuando parecía tan alejado de este mundo—. Evren, por favor.

—No. —La palabra se le escapó entre dientes, y un profundo dolor me atravesó el pecho mientras lo observaba. Nunca lo había visto así, nunca me había parado a pensar en lo que le había pasado.

—Evren. —Extendí la mano y le sacudí el brazo, pero él lo apartó bruscamente de mí. Hizo una mueca, como si mis dedos lo hubieran quemado. Mi magia se arremolinó en mi interior y, aunque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, busqué en lo más profundo de mí misma y dejé que brotara de mis dedos en una súplica desesperada—. Ayúdale —le supliqué con voz queda, y un humo negro como la tinta invadió la tienda.

Pareció obedecer, calmarse bajo mi orden, y los remolinos de oscuridad encontraron a Evren y solo a Evren. Le rozaron la piel, sin dejar ni un poro sin tocar, y observé cómo el profundo pliegue entre sus cejas se alisaba lentamente. Sus manos se relajaron y su respiración se regularizó, y justo cuando pensaba que lo había calmado por completo, mi nombre salió de sus labios. Se incorporó de un salto en su saco de dormir y su mano buscó la daga antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar. Pero mi poder se enroscó alrededor de su muñeca antes de que pudiera levantarla en mi dirección.

—¿Princesa? —dijo mi nombre con un tono de confusión, y yo intenté controlar mi magia, pero no lo conseguí.

—Lo siento. —Levanté la cabeza para mirar sus ojos os-

curos y aparté la vista rápidamente—. Estabas teniendo una pesadilla.

—Mierda —maldijo entre dientes, y el pánico apareció en su rostro—. No quería despertarte.

—¿Estás bien? —No debería haberme importado. No debería haber tenido que obligar a mis manos a permanecer quietas para que no se extendieran y recorrieran toda su piel hasta asegurarme de que no estaba herido.

No se merecía algo así de mí.

—Sí. —Asintió, pero no parecía muy convencido. Empezó a levantar la mano y mi magia la mantuvo en su sitio, pero no para retenerlo, sino como si estuviera desesperada por no dejarlo marchar—. Tu magia. —Deslizó los dedos entre el humo, y sentí ese movimiento como si me acariciara la columna vertebral.

—No puedo controlarla —susurré esas odiosas palabras con una voz que delataba lo mucho que me afectaba. No quería ser débil y, sobre todo, no quería mostrarle mi debilidad, porque no confiaba en que no la utilizara en mi contra.

—Sí que puedes. —Se echó hacia delante, hasta que su pecho quedó completamente envuelto en mi poder—. Tú eres su dueña, princesa. Llévala de vuelta a tu interior. Haz que se someta a tu voluntad. —Me concentré en lo que decía, pero mi corazón seguía latiendo a toda velocidad y sentía un cosquilleo en la piel donde mi magia había rozado la suya. No podía concentrarme en nada más que en él. Evren extendió la mano y yo me aparté. Daba igual lo mucho que me afectara; no quería ser la chica estúpida que iba a dejarse llevar sin más al matadero. Era mi enemigo más que nunca, y debía recordarlo—. Déjame ayudarte, Adara. —Me puso la mano con firmeza contra el pecho y sentí cómo me anclaba hasta lo más profundo de mi ser—. Siéntelo aquí. —Apretó con más fuerza y yo respiré entrecortadamente—. Llámalo desde aquí.

No entendía a qué se refería, pero intenté concentrarme en ese punto donde me tocaba con la mano. Me centré en eso y solo en eso, y cerré los ojos con fuerza mientras mi pecho subía y bajaba bajo su tacto.

Vuelve a mí.

Sentí que mi magia se detenía, como si me hubiera oído. Vaciló mientras se extendía por la tienda, y la invoqué de nuevo al sentir su peso aplastándome.

Vuelve a mí.

Esa vez me hizo caso.

Poco a poco, volvió a filtrarse hacia mí y se lo permití. Inspiré, deseando con todas mis fuerzas sentirla de nuevo dentro de mí.

Cuanto más se perdía en mi interior, más completa me sentía. Se abrió paso serpenteando en mis venas, y pude saborearla mientras lo hacía.

—Eso es. Deja que venga a ti. —Sus palabras calaron en mí mientras mi magia me llenaba, y abrí lentamente los ojos para mirarlo.

Su mano seguía sobre mi pecho, y su pulgar acariciaba lentamente la base de mi cuello; los últimos restos de mi magia desaparecieron en mi interior y nos quedamos en silencio durante un largo rato. Me pasaban por la cabeza un sinfín de pensamientos, de palabras que me moría de ganas de susurrar, pero habría sido una tontería poner en voz alta cualquiera de ellas.

—Debería volver a la cama —dije con voz temblorosa.

—Deberías quedarte. —Sus ojos oscuros eran suplicantes, y odiaba lo mucho que deseaba calmar esa expresión de su rostro.

—Los dos sabemos que no es así —murmuré, negando con la cabeza.

—Quédate.

Lo miré como si se hubiera vuelto loco. No era suya, no

podía darme órdenes. No tenía por qué responder ante el hombre que me había traicionado, pero aun así algo dentro de mí me suplicaba que le hiciera caso.

—Te odio.

Él cerró los ojos, pero se limitó a asentir.

—Lo sé, pero ya me odiarás de verdad mañana. Esta noche, quédate conmigo. —Evité mirarlo mientras me ponía de pie porque sabía que tenía que poner distancia entre nosotros. Lo aborrecía, pero mi cuerpo seguía sintiéndose atraído por él, como si no pudiera imaginarme lejos de su lado. Pero antes de que pudiera irme, me agarró la mano y se aferró a mí con una desesperación desgarradora. Me puso la palma contra su pecho; su corazón latía con furia bajo mis dedos—. Por favor, quédate solo esta noche. Solo esta noche. —Su mano temblaba contra la mía, y me mordió el labio; mi pecho subía y bajaba al mismo ritmo frenético—. Por favor, Adara. Te necesito.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo, destrozando hasta la última pizca de determinación que me quedaba, y supe que iba a acabar dejando que aquel hombre me destruyera si así lo deseaba. Me había demostrado quién era, pero yo seguía dispuesta a lanzarme al fuego por él como si no lo hubiera hecho.

Volví la cabeza hacia mi saco de dormir mientras intentaba luchar contra el impulso de decir que sí. Me sentía débil al ceder ante él. Era repugnante lo difícil que me resultaba pronunciar la palabra no.

—Solo esta noche. —Me temblaban los labios al pronunciar esas palabras, pero su mano se posó firme sobre la mía. Tiró de mí hasta que no tuve más remedio que caer de rodillas ante él. Se llevó mi muñeca a la boca y me besó la sensible piel del interior. La misma piel que su hermano había desgarrado con su daga y de la que había extraído mi sangre y mi poder. La misma piel que yo creía que él había curado.

Intenté zafarme de sus dedos, pero él se mantuvo firme e hizo que me acercara más, despacio. Cuando nuestros pechos estaban a punto de tocarse, Evren se echó hacia atrás. Apenas nos tocábamos, solo tenía su mano aún sobre mi muñeca, pero podía sentirlo por todas partes mientras yacía a su lado y contemplaba su hermoso rostro. No dijo nada. Solo me contempló en silencio, con su mano entre las mías, y yo no entendía cómo podía estar tan tranquilo cuando yo tenía ganas de gritar—. ¿Con qué estabas soñando? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera pensarlo mejor, y vi el atisbo de dolor que inundó sus ojos.

—Contigo. —Su mirada recorrió mi rostro y yo retrocedí, sobresaltada por su respuesta.

—¿Conmigo?

—Sí. —Asintió y deslizó dos dedos por mi mejilla hasta pasarme un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Soñaba con lo que tengo que perder, princesa. Soñaba con aquello por lo que mi hermano estaría dispuesto a matar.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me tragué el temor ante la verdad de sus palabras.

Gavril habría matado para recuperarme, pero ¿hasta dónde era capaz de llegar? ¿Hasta hacerle daño a Evren para hacerse con el poder que fluía por mi sangre?

—Es tu hermano. —Las palabras se me escaparon de los labios y sentí un nudo en el pecho por él. Era algo que tanto Evren como yo compartíamos: aquellos que eran de nuestra propia sangre, las personas que más deberían haber cuidado de nosotros, estaban más que dispuestos a utilizarnos con absoluta facilidad.

—Así es. —Evren bajó la vista hacia mi muñeca, y me pregunté si recordaba aquella noche en la que nos habíamos marchado tanto como la recordaba yo. ¿Acaso aquella noche le atormentaba en sus sueños tanto como a mí?—. Pero eso no significa nada, Adara. —Me recorrió la cicatriz de la mu-

ñeca con el pulgar—. No se detendrá ante nada para recuperarte.

—No voy a volver.

Me apretó con más fuerza la muñeca.

—Lo sé. No dejaré que te lleve de nuevo.

—¿Y si eso significa que intenta matarte para llegar hasta mí?

—Eres mía, y al diablo con las consecuencias.

—Y, sin embargo, estás dispuesto a utilizarme como peón en tus juegos. —Se trataba de un juego entre reinos. Un juego en el que yo no tenía por qué participar.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —No pronunció ni una sola palabra que careciera de convicción—. ¿No crees que me resultaría mucho más fácil ceder a lo que quiere mi padre o incluso mi madre? ¿De verdad crees que quería enamorarme de la única persona a la que no debería querer, la única que podría echarlo todo por tierra? —No respondí. Me limité a clavar la vista en el techo de la tienda mientras intentaba que sus palabras no me afectaran. Lo estaba haciendo fatal, y temía que pudiera oír los latidos erráticos de mi corazón—. Me he pasado toda la vida tomando medidas basadas en los demás, princesa. Si hubiera pensado en alguien más que en mí mismo, te habría secuestrado en cuanto hubiera tenido la oportunidad. Te habría secuestrado sin mirar atrás.

—¿Y tu madre? —Estaba desesperada por saber cuántas de sus decisiones se habían visto influidas por ella. ¿Qué le habría dicho su madre que hiciera conmigo si le hubiera dado la oportunidad?

—Mi madre, mi reino, mis amigos... —Se colocó el brazo detrás de la cabeza; también se quedó mirando al techo de la tienda, y me pregunté qué pensamientos le pasaban por la mente que no expresaba en voz alta—. Las acciones de mi padre, y de mi hermano tras él, han determinado

el curso de mis decisiones más que nada. A menudo nos domina el odio mucho más de lo que nos controla el amor.

Se me puso la carne de gallina. Tenía razón. Demasiadas de mis propias decisiones estaban impulsadas por el odio. Odio hacia mi madre y hacia las resoluciones que había tomado. Odio hacia su familia por la vida que me habían obligado a vivir. Odio hacia los sueños que atormentaban mi mente sobre mi padre, a quien ni siquiera conocía.

—Pero tus poderes son... —Dejé la frase en el aire y él se volvió para mirarme.

—Soy fuerte, Adara. —Levantó los dedos justo por encima de su pecho y dejó que su magia brotara de ellos. Esta se enroscó alrededor de su muñeca, casi como si estuviera viva y ansiosa por tocarlo—. Pero no lo bastante como para derrotarlos yo solo.

—¿Pero conmigo sí que eres lo bastante fuerte? —El miedo me invadió, pero no sabía qué era lo que más me aterrizzaba: si el hecho de que me fueran a utilizar en esa guerra entre los reinos o el temor a no estar a la altura de lo que esperaban de mí. Que todo lo que había pasado no valiera la pena.

—No se trata de eso. —Había algo en su expresión que no logré identificar—. Se trata de en qué podemos convertirnos juntos. Se trata de las opciones que tomaremos como compañeros.

—¿Y si no es lo que yo quiero? ¿Y si no elijo ser todo lo que el mundo ha dispuesto que soy?

—Me temo que no tienes elección en eso. Ninguno de los dos la tenemos. —Levantó la mano y me acarició la mejilla con la punta de los dedos—. Pero si pudiera elegir, Adara, te elegiría a ti. —Negué con la cabeza; no podía permitirme creer en sus palabras. Creerlas me hacía débil, me hacía vulnerable a sufrir aún más de lo que ya sufría—. Te elegiría a ti antes que a cualquier otra cosa, princesa.

Se echó hacia delante y acortó la distancia que nos separaba, y yo no lo detuve. Solo cerré los ojos mientras él acercaba sus labios a los míos y me besaba con una desesperación que me resultaba demasiado familiar.

Su beso me quemó como si hubiera marcado a fuego mi piel y me pareció una disculpa que nunca iba a poder expresar con palabras.

Y yo me dejé llevar por esa sensación. Me entregué al beso con la misma intensidad y gemí en su boca cuando su mano me rozó el cuello. Lo deseaba.

Lo deseaba a él, su cuerpo, su pasión. Quería que me hiciera olvidar todo menos ese momento que estábamos viviendo.

Quería olvidar que yo era la Astraluz y que él era el príncipe tanto de la sangre como de la magia. Éramos almas gemelas, y en ese momento no quería pensar en nada más.

Pero él ralentizó el beso y la realidad volvió a colarse entre nosotros. Se apartó de mí tras besarme de nuevo con suavidad.

Me miró a la cara, y en su rostro había reflejada tanta indecisión como en el mío.

—Deberíamos dormir, princesa. —Me acarició las mejillas una vez más y pude ver cómo luchaba consigo mismo—. Mañana nos esperan muchas cosas a las que enfrentarnos. —Cerré los ojos con fuerza cuando me hizo apoyar la cabeza sobre su pecho y sentí cómo sus siguientes palabras retumbaban bajo mi cuerpo—. Pero las afrontaremos juntos.